N85
M3

21

N85
N3

005521

1080018634

Respetuoso homenaje del autor

EL

ARTE, FACTOR EN LA EDUCACIÓN

DISCURSO OFICIAL

Pronunciado en el Teatro Iturbide de Querétaro, la noche del 4 de enero de 1903,
en la distribución de premios
del Primer Certamen Artístico Queretano

POR

NICOLÁS MARISCAL

Arquitecto,
Miembro de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos, Director
de la Revista de Bellas Artes é Ingeniería
El Arte y la Ciencia, Socio fundador del Ateneo Mejicano,
Regidor del Ayuntamiento de Méjico, etc.

FONDO SIMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

MÉJICO
OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO
Calle de San Andrés núm. 15.
—
1903

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42583

N85
M3

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SEÑORES:

DEJAD que revele los sentimientos de respetuoso amor que me inspiráis, y que os hable mi corazón al veros reunidos en fiesta tan hermosa, ansiosos de distribuir laureles á los artistas vencedores en vuestro primer certamen de escultura y pintura. Habéis venido en esta noche á glorificar el Arte con suntuosa ceremonia, sin pensar acaso que al propio tiempo os glorificáis vosotros mismos. Contemplo con emoción la actitud que ofrecéis ..... Noble y culta sociedad queretana, os saludo y os admiro.

A cariñosa instancia y á bondad que nunca agradeceré lo bastante, debo el encontrarme ante vosotros y ser inmerecidamente honrado con la palabra en esta solemnidad, pródiga para mí de encantos y de satisfacciones y de gratísimo aunque breve reposo en las faenas de mi vida. Aquí, donde pululan los recuerdos de mi infancia; donde he vuelto á ver el "Cimatario" azul, viejo guía que no me dejaba extraviar en mis excursiones

005521

por vuestras campiñas; he vuelto á respirar las auras de la "Cañada," que era mi embeleso en los días de fiesta; de nuevo he costeado el río que crucé tantas veces para regalarme en las huertas que ornan sus aguas de esmeralda; y he vagado por el jardín donde jugaba todas las tardes, y me he estremecido al escuchar el augusto són de las campanas de los templos donde dije mis primeras plegarias.

No me considero como un extraño entre vosotros, no; soy un hermano que, aunque de lejos, sigue siempre con vivo interés vuestras vicisitudes y goza con vuestros regocijos y sufre con vuestras desgracias. Por eso en esta ocasión me siento henchido de entusiasmo y participo sobremanera del júbilo que se trasluce en vuestros semblantes.

Considero este acto grandioso como una evocación sublime de vuestras pasadas glorias y de las esperanzas que para lo porvenir acendráis. Paréceme que se hallan aquí presentes, en espíritu, los grandes literatos y artistas, los sabios más ilustres de esta ciudad en todas las épocas, y que, atraídos por el concierto de vuestros ideales artísticos, vienen á unir sus potentes voces al coro de las vuestras, enardecidos con el fuego de su eterno amor al Arte; amor que abrasa así á los artistas laureados como á todos cuantos vienen á coronarlos, damas y caballeros presentes; damas que les tributan además el homenaje de su radiante hermosura.

Si osara sintetizar vuestros anhelos, diría que el ideal por que suspiráis ahora no es otro que el del progreso del arte patrio; y como ese progreso estriba en la educación estética, creo oportuno ensayar el hablaros de cuán necesaria é imprescindible es esta educación en la cultura de las naciones y señaladamente de nuestro país.

Para encarecer la idea de lo bello, necesitaría, señores, entonar un himno más dulce que los de Terpandro, el de la septicorde lira; más mágico que el de Orfeo y más poderoso que aquel con que Amfión levantó los muros de Tebas; habría de pintarlo con los celajes de vuestros horizontes é inspirado por el numen de vuestros artistas; mas, en vez de ceñir mi frente de hiedra y de rosas y cobijarme con purpúrea clámide, requeriría que mi alma no vistiera este mísero ropaje que la cubre, sino que encarnara en la Virtud y se identificara con el Amor.

Lo bello, que es para Platón la "perfección absoluta;" [1] en sentir de Plotino "lo divino en la naturaleza;" [2] "símbolo del bien" [3] para Kant, y, en lenguaje del coloso de Hipona, "emanación de Dios," [4] atrae de modo irresistible con la fruición

1 Especialmente en las "Leyes" y el "Timeo."
2 Eneada V, Lib. VIII.
3 Crítica del juicio.
4 Confesiones.

de deleites inefables, superiores á todos los demás goces de la vida.

Como el pensar y el querer, la facultad de sentir lo bello es esencial en nuestra naturaleza. De niños la revelamos como un instinto: gustamos así de las estampas como de los sonidos diatónicamente ordenados, de la regular superposición de los cuerpos y de los perfiles imitativos; con los relatos de heroísmo adivinamos el drama, y nos absorben las narraciones fabulosas. En las tribus —que viven la vida de la niñez—no es parte la barbarie para impedirlas la manifestación del sentimiento de lo bello. Miradlas en la algazara de sus festines, en el lujo de sus armas, y cuál se pintan el cuerpo y se adornan con pieles, plumas y brillante y multicolora pedrería.

Y si el sentimiento estético suspende el espíritu en indecibles transportes, y es una facultad específica del hombre, ¿osaremos desatender su educación, mutilando así nuestra propia naturaleza? Y no debe tampoco restringirse la enseñanza del arte á los singularmente dotados: fuerza es que aun los de escasas aptitudes las acrecienten con el rocío vivificante de la educación artística. Atenas, maestra en formar hombres, dió al cultivo de las bellas artes lugar preferente en la educación nacional, y de ahí que las obras artísticas de los helenos sean el encanto perpetuo de las edades.

El Arte es un maravilloso agente en el orden racional, abstruso para las inteligencias que pres-

cinden de lo bello é intentan sin alas vadear el océano de la Filosofía, del Derecho y de la Historia. Porque ha sido siempre el Arte el único mensajero de los humanos progresos, el único que en sus formas impone á la humanidad una vida de hechos que no son otra cosa que un fiel trasunto de las adquisiciones de los sabios á través de los siglos: En la literatura vive la filosofía de los sucesos y el numen que inspira al hombre el heroísmo por la Patria; en la música muestra en cánticos el alma de las naciones; en la arquitectura mantiene en inmortal memoria la fe y las tendencias, el carácter de todos los pueblos, y en la escultura y en la pintura resucita á vida eterna las proezas y los ensueños de las generaciones.

Pudiera creerse que este arte sublime solamente ejerce toda su influencia sobre las clases sociales más elevadas; pudiera también creerse que los conocimientos profundos de espíritus privilegiados fuesen los únicos realizadores de los preciados bienes de la forma estética. Mas no; sin la educación artística toda educación es anómala por incompleta, toda facultad permanece desequilibrada por la ausencia de la cultura del sentimiento, facultad íntimamente unida á las del querer y pensar. Sin la educación artística se enervan los más preciosos instrumentos del espíritu: la vista y el oído, y se entorpece la palabra, vehículo del pensamiento. Y como la palabra, el oído y la vista son los caminos directos del corazón, una vez

obstruídos se seca el manantial del sentimiento y se reducen los hombres á movientes estatuas.

El placer estético, tan puro, tan grande, tan noble, no pasa por nosotros sin dejar la menor huella, como acontece con la fragancia de las flores. El cultivo del arte, dijeron los antiguos "*emollit mores*," entraña un real valor ético y sociológico. No quiero decir que el objeto del arte sea moralizar, no confundo lo bello con lo bueno. "*El arte no es virtud.*" "No es más que la recta razón de alguna obra factible, y *la excelencia de la obra no consiste en que afecte de cierto modo el apetito humano, sino en que la obra sea en sí misma buena*," ha dicho el autor de la "Summa." [1]

El arte se cifra, pues, en realizar la belleza; pero aunque no consiste en moralizar, sirve de moral disciplina: no es el bien su *objeto*, sino su EFECTO. Para convencernos de ello basta que admitamos que los sentimientos estéticos son por sí mismos buenos, y que, al embargar el corazón, se substituyen á los placeres inferiores que le pervierten y envilecen.

Tanto Platón como Aristóteles y todos sus discípulos y con ellos la verdadera filosofía, proclaman en consenso unánime esta doctrina de la purificación de los afectos por obra del arte, el cual tiende á restablecer en el alma la templanza, la serenidad—la *sophrosyne*, que decían los griegos—

1 "De Vita contemplativa," Prima Sec. quaest. 57, art. 3º

y en último término el aislamiento de lo material impuro y la cercanía de la ideal pureza. Según Plotino, el ánimo no puede disfrutar de lo bello si no lo lleva en sí mismo, como los ojos no podrían ver al sol si no fuesen adecuados á él, es decir, si no fuesen solares. [1]

Aunque no ha sido mi tema establecer el verdadero *sistema pulchri*, debo sin embargo añadir: la moral del arte consiste en la elevación del hombre–instinto, mediante la bondad y la belleza incluídas en la unidad de toda forma artística que inmaterialice un ser real ó ideal: ya sean las obras plásticas de los museos secretos de Nápoles y del Vaticano, ó el "Descendimiento" de Fra Angélico y la "Inmaculada" de Murillo; bien se trate de la jácara más libre de Quevedo ó de los arrebatos líricos de Fray Luis de León ó de San Juan de la Cruz. De modo que—á mi entender—un espíritu artísticamente equilibrado ha sufrido ya por la educación una relativa "anquilosis," digámoslo así, para la depravada actividad que, en sus disturbios psicológicos, hasta en el bien moral puro encuentra pretextos para el vicio.

Si de la naturaleza, dijo Galeno, se alza un himno al Creador, diré yo parodiándolo: del Arte, reflejo de la naturaleza en su acepción infinita, se eleva también un canto más melodioso, por racional y humano, al Límite sin fin que circunscribe todo bien, toda verdad, toda belleza.

1 Eneada I, Lib. VI, cap. IV.

El Arte tiene además una misión consoladora incontrastable y universal sobre la tierra. Abreven enhorabuena en el anchuroso caudal de sus dulces y embalsamadas ondas, los heraldos de la ciencia; y en él dirijan sus espléndidas naves, arrebatadas por las corrientes, los exploradores de la Absoluta Belleza; que hay también para el comerciante, para el industrial, para el rústico labriego, para esa muchedumbre que sustenta nuestra vida material, tributarias fuentes y selváticos arroyuelos que calman los rigores del afanoso trabajo y restauran los desmayados alientos: las escuelas de dibujo y de música, el teatro, el concierto, la exposición, son los campeones del bien que luchan con denuedo contra la taberna, el garito y todos los centros donde se ejerce esa maldita atracción del hombre bestia hacia el lodo, á la que llamamos vicio, el monstruo aniquilador de toda energía humana.

Por eso el Arte en las epopeyas de los pueblos ha empujado siempre á grandes y á pequeños, á sabios y á ignorantes, y aun á buenos y malos, hacia la proeza y el sacrificio por la Patria, y ha congregado huestes victoriosas é irresistibles como ciclones, forjando soldados férreos como titanes. El arte del orador Cineas, más pujante que la espada y la pica y más avasallador que el gigante paquidermo del Indo, rindió á Epiro muchas ciudades que abrieron á Pirro muchas puertas; el arte ligó á los Aqueos, se atrajo á los Beocios y aprisionó al poderoso Filipo en la red áurea de la

elocuencia del adolescente romano Flaminio; el arte confundió la envidiosa soberbia de los atenienses, que creyeron mandar por auxilio á Esparta un obscuro cojo maestro de escuela y en él enviaron un contingente mayor que una falanje, enviaron á Tirteo. El arte fué quien en Cuautla, la gran Sagunto americana, hacía danzar en los campos de la desolación, del hambre y de la muerte, á los semidioses de aquella jornada única dirigida por aquel rayo cuyo nombre es una Ilíada: MORELOS.

Los pseudo-economistas y cuantos tienen por supremo fin la embriaguez del oro, del poder y de la vanidad, niegan al Arte su alto ministerio, y creen que lo único práctico para la educación de los pueblos es aquello que da un mentido bienestar material, vecino á la esclavitud del entendimiento y rayano en el despotismo del más rico. Esa economía mal entendida, escarnio de nuestra sabia democracia, desdeña el culto de lo bello, y, ciega por el polvo terrenal, no ve que el arte ha arrojado también á los mercados sus espléndidos productos y ha hecho millares de fortunas; ha sido como el águila pujante que roza los viñedos, derribando copiosos racimos para provecho aun de aquellos cuyo espíritu no puede alzarse un palmo sobre la haz de la tierra.

Si es deber ineludible de todas las naciones impulsar la educación artística, cuánto más se im-

pone ese deber á aquellos países que se distinguen en el mundo por su sensibilidad exquisita, por sus ardientes arrebatos, en una palabra, por su complexión artística. ¡Ay de ellos si menosprecian esas raras energías y no tratan de darlas amplio cauce, porque esas mismas prendas se les trocarán en vicios!

Estamos en uno de los países más privilegiados por sus aptitudes artísticas. El genio del arte no esquiva acariciar ni á nuestros burdos labradores de los campos ni á nuestros humildes obreros de las ciudades; antes bien, anida en sus almas perennemente infantiles, y se muestra con ingenuo candor ora en las figurillas pintadas de barro ó de cera, retratos á veces, en que ejercitan por instinto la pintura y la escultura; ora en las canciones picarescas de sus prolongadas danzas ó en las endechas amorosas de sus "mañanitas" y serenatas; ora, finalmente, en los trémolos de sus bandolones y salterios, y en las infinitas melodías de ese organillo inseparable de sus labios con que emulan al centzontle de nuestros bosques.

Desde este enjambre de artistas del primer peldaño de la escala de lo ideal, hasta los que ascendieron á las mayores alturas como Ruiz de Alarcón, Calderón y Sor Juana en la poesía; Baca, Beristain y Villanueva en la música; Tres Guerras en la arquitectura; José Juárez y Sebastián de Arteaga en la pintura, y los tres Marianos, gloria de Querétaro, en la escultura, todos comprueban la idoneidad artística de los descendientes de la laureada España y los soñadores habitantes del Anáhuac. Asimismo testifican que la causa porque aun no se han producido en el país obras verdaderamente inmortales, honra de la humanidad entera, ha consistido en la falta de la indispensable atmósfera capaz de sostener las alas del genio cuyo vuelo ha sido fatigoso, merced á su misma prepotencia.

En materia de arte bien puede la República envanecerse de Querétaro, que, con Méjico y Puebla, viene á formar las tres ciudades que más tesoros artísticos poseen. Aquí, en efecto, se ostentan, entre otros bellos edificios, el Palacio de las Oficinas Federales y la iglesia de Santa Rosa, presea del arte colonial; las Teresitas, obra del gran Tres Guerras; aquí, entre muchas obras pictóricas, se hallan los cuadros de las vidas de San Francisco y San Antonio, de Rodríguez Juárez, llamado por sus contemporáneos el Apeles mejicano; el Cristo de Correa, los cuadros de la vida de San Ignacio, del fecundo y popular Cabrera, y, especialmente, las principales obras de los insignes queretanos, no superados maestros de la plástica religiosa en el país: Perrusquía, Arce y Montenegro; Perrusquía, el modelador de la pureza y la ternura, y Arce, el del sufrimiento y la santidad. "La Purísima" de la iglesia de San Felipe, la "Virgen del Socorro" de San Agustín, el grupo de "la Piedad" de Santa Clara, y el "Santiago" de la Catedral, aseguran á sus respectivos autores imperecedero renombre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

No sólo no desdecís, señores, de vuestra grandeza histórica, sino que la confirmáis al aparejaros por estos certámenes para conquistar grandes progresos en el orden estético.

El gobernante que tan efectivamente ha coadyuvado en este primer concurso, el iniciador, la junta organizadora y los distinguidos donantes de las recompensas, cuyos nombres perdurarán mientras palpite en los pechos el divino fervor del arte, han comprendido muy bien la trascendencia de su obra. Coincide su empeño con los designios del Gobierno de la Federación, que ha fijado á tiempo su mirada magnánima en la Escuela de Bellas Artes y en el Conservatorio Nacional. Con la revisión de los planes de estudio y la reorganización de esos planteles, ya se puede saludar el advenimiento de una era gloriosa para el arte mejicano. Es seguro que los bienes que disfruta la capital serán aprovechados por los diversos miembros de la confederación: Querétaro tomará la delantera; sus aprovechados hijos irán pensionados á Méjico; los que sobresalgan partirán de ahí al viejo mundo para perfeccionarse y aportar á nuestra tierra el alma de los grandes maestros. De esta suerte, dentro de pocos años se podrá contar con una nueva generación de excelentes pintores y escultores, así como con arquitectos, tan indispensables si no se quiere cometer la injusticia de que sustente este bendito suelo, cuna de la Independencia y sepulcro del exótico Imperio, arquitecturas

de intonsos no nacidos en él, como respecto del suyo lo lamentan otras ciudades de la República al ver que sus edificios son construídos por torpes y extrañas manos. En tanto que se instauran la arquitectura, la escultura y la pintura queretanas, deberán establecerse en la instrucción primaria *los verdaderos fundamentos* para aquellas nobles artes: tratar de formar en el niño el buen gusto; hacer que conozca, sienta y ame algunas de las obras clásicas de literatura, música, arquitectura, escultura y pintura, en la medida que les sea asequible para que se desenvuelva su natural sentimiento. Entonces, y sólo entonces, adquirirán las facultades un cabal y armónico cultivo, y se habrán echado los cimientos del sublime edificio del Arte.

Ha llegado la hora del perfeccionamiento de la educación é instrucción nacional, el Gobierno se apresura á consumarla; mas ¿cómo podrá conseguirlo si la sociedad no colabora con él poniendo de su parte todo cuanto tiene y puede? Me dirijo sobre todo á vosotros los que habéis sido acariciados por el ósculo de la fortuna y que estáis dispuestos á convertiros en generosos y caritativos patronos de la inteligencia indigente; vosotros los que no dilapidáis vuestra riqueza en las fugaces satisfacciones de la vida material, los que ostentáis una progenie que se llama Caballero y Ocios, Merinos, Vergaras, y Urrutia y Aranas, con sólo un generoso rasgo podéis transformar el arte patrio y levantarlo hasta donde no lo han obtenido

ni siglos ni generaciones. Favoreced á todos los conterráneos vuestros que por sus aptitudes constituyan la esperanza del arte, ellos os devolverán los beneficios en inmortalidad, porque sus nombres se unirán á los vuestros y su gloria será también vuestra gloria.

Recordad, si no, á los Lemus y Sandoval y Rojas, insignes protectores de un Cervantes, que fueron cantados en las mismas áureas páginas de "El Quijote;" á los Príncipe Lichnowskys y á los Brunswicks, que resonarán en tanto que subsista la gloria de un Beethoven, y á los Esterhazys, mientras no se olvide á un Haydn, pues estos genios encabezaron multitud de sus colosales creaciones con aquellos ilustres nombres. Recordad á los Médicis, los nobles Médicis, sombra y amparo del arte florentino, uno de los cuales, Lorenzo, á quien justamente se apellida el Magnífico, patrocinó á Miguel Ángel, cuyo cincel, pasmo de la humanidad, cubrió de maravillas los despojos del ilustre Lorenzo; y recordad, en fin, cuál fué el amor de Juan Médicis, León X, y cuál su protección á las artes, cuando mereció dar su nombre á un siglo entero, uno de los más brillantes en la historia.

Honremos, señores, al Arte; tributémosle fervoroso culto, identifiquémonos con él: así estrecharemos la unión de dos mundos, el corpóreo y el espiritual, con el único lazo capaz de ayuntarlos: el Arte, es decir, el Amor; porque nada puede existir sin la suma de la materia y el espíritu,

de lo humano y lo divino, las dos cuerdas en que resuena eternamente la armonía absoluta del Universo.

He dicho.

N85
M3
42583
FEVT
AUTOR
MARISCAL, Nicolás
TITULO
El arte, factor en la educación.
FECHA DE VENCIMIENTO
NOMBRE DEL LECTOR
21
95331